

NIÑOS ROBADOS

Padre Pedro José Ynaraja

Recuerdo muy bien que cuando vivía en Burgos, tendría entonces poco más de 6 años, me llevó mi madre un día al hospicio. Era un edificio muy grande y sin ningún atractivo, pero lo que le interesaba a ella era enseñarme la parte de atrás. En una pared completamente lisa, había unas escaleras pegadas a ella, del lado derecho se elevaba una hacia el centro, de allí descendía la otra a la izquierda. En la cúspide, había un ventanuco con un pulsador. Me dijo: "mira, si una madre quiere abandonar a su hijo, sin que se muera, viene aquí, lo mete dentro del torno, toca el timbre y se va. Una monja al poco rato, lo recoge y la comunidad se hace cargo de él. De esta manera, no muere la criatura". También mi madre me contó que los que se apellidaban expósito, eran personas, o sus ascendientes, a los que estas instituciones habían salvado. Ya por los años cincuenta, y yo era clérigo, me encontré por tierras vallisoletanas con una monja que servía en una institución de esta índole en la capital. Comentaba yo lo del apellido y me dijo ella que eso era antes, que ahora escogían nombres que no indicasen ninguna procedencia especial, que pudiera desacreditar. Anecdóticamente me dijo que un día se encontraron un bebe a pocos metros de la entrada, en el interior del convento. Lo aceptaron poniéndole el nombre de Domingo (por el día de la semana que ocurrió) Díez (por el del mes) y, de segundo apellido, de la Escalera, pues debajo de una lo abandonaron. También me contó un guardia civil, que el gobierno les había autorizado, a los del acreditado cuerpo que llevasen el apellido expósito, que podían cambiárselo si lo deseaban. El buen hombre me decía: yo no he querido avergonzarme de lo que pudiera ser mi abuelo o bisabuelo. Otra anécdota, esta más chusca. Contaba uno, que un amigo, tenía padre, pero era hijo de madre desconocida (sic). La cosa fue de esta guisa. Fruto de un fugaz encuentro y con imprudente proceder, una chica se quedó embarazada. No volvieron a encontrarse, ni al él le preocupó lo más mínimo aquella aventura. Un día, con acento vengativo, le comunicó por teléfono la anónima joven, que de aquella noche había quedado embarazada y que el niño que acababa de nacer lo iba a dejar en un hospicio. El chico sorprendido y emocionado de saber que era padre, quiso conocer a la criatura, pero ella se negó. Se sentía engañada y su venganza era comunicárselo, pero sin que él pudiera tener ningún contacto ni gozo. El chico, que tenía conciencia cristiana, se fue a la institución, explicó lo que había pasado y el día que habían dejado abandonado al que era su hijo. Logró recuperarlo y en el registro civil, hubo de declarar que él era el padre, pero la madre era una mujer desconocida.

No se olvide que eran otros tiempos, que una chica soltera y madre era muy mal vista y de difícil porvenir matrimonial y hasta de confianza profesional. Que el aborto, no era cosa fácil. Que recurrir a una comadre que le suministrase

enigmáticas hierbas, de resultado incierto o le atravesara una aguja de hacer media, matando al feto, daba miedo y hacerlo así, tan brutalmente, le remordía la conciencia. Supe de sacerdotes, médicos y monjas, que se ofrecieron a llevar el asunto con discreción, asegurando a la chica que encontrarían un matrimonio que lo adoptarían dándole nombre y porvenir honesto, sin que nada se supiera, sin que muriera un inocente.

¡Cuántos seres humanos se han salvado de esta manera! Fue una demostración de amor cristiano. Hoy se quiere olvidar, hablar de ello no es "políticamente correcto", pese a que muchos deban su vida a estas gestiones.

Remacho el clavo. Me pidió ayuda un matrimonio, querían adoptar un hijo. Entre otros sitios donde les habían informado que podían encontrar solución, me indicaron un determinado hospital. Se daba la coincidencia de que un primo mío, ocupaba una plaza importante. Recurrí también al capellán del establecimiento. Sí, la institución pública entregaba criaturas anónimas, pero debía ser a matrimonios que fuesen de aquella autonomía y mis amigos vivían en otra. Preciso que tanto el lugar del hospital, como el de residencia del matrimonio, eran lo que hoy se llama nacionalidades históricas.

Toca ahora desacreditar a la Iglesia y se recurre a hechos que pueden ser históricos y hasta injustos, pero con el mismo empeño ignorar tantísimos procederes ejemplares, cosa que no es justo y ceo yo que "desfacer el entuerto" es peculiar responsabilidad de los laicos cristianos.